

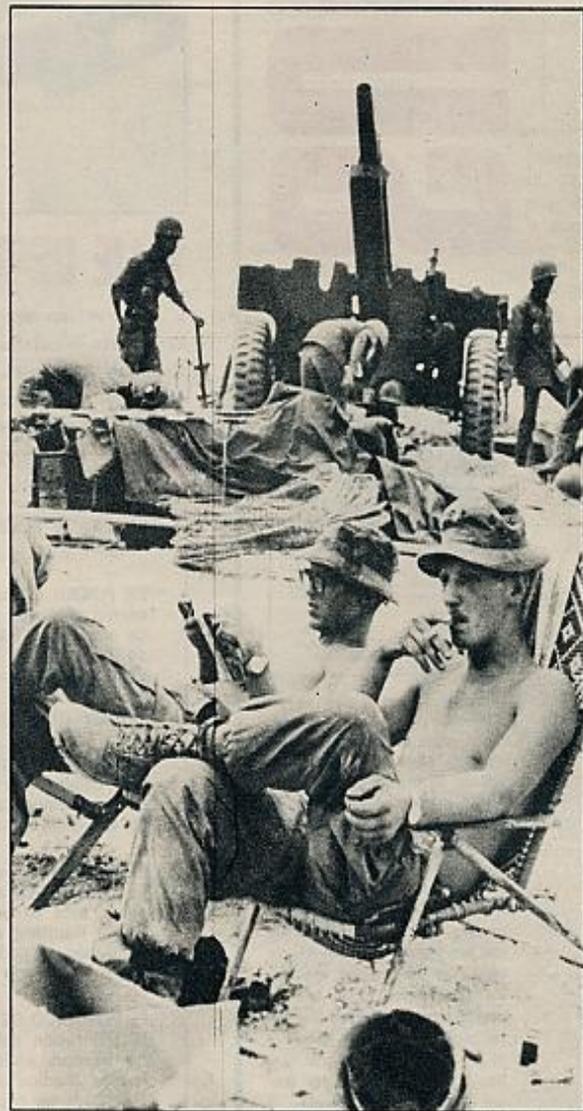
## LA PAZ A PLAZOS, EN VIETNAM

El «plan Nixon» para la retirada militar del Vietnam, aunque pendiente de la aprobación del Consejo Nacional de Seguridad, parece muy claramente establecido. 25.000 hombres se marcharán durante el mes de julio —la mayor parte no regresará a Estados Unidos; se quedará en bases del Pacífico—, unos doscientos mil les seguirán durante el año en curso y en 1970 continuarán las retiradas escalonadas hasta completar un total de 340.000. La cifra oficial actual del ejército expedicionario es de 542.500 hombres. Por lo tanto, en 1971 la participación de Estados Unidos en el Vietnam sería de unos 200.000 hombres. Parece que la minuciosidad de este plan de retirada ha sido preparada por los calculadores electrónicos de Herman Kahn. Fue Kahn quien inventó la tesis y la técnica de la escalada. No es de extrañar que la desescalada resulte un movimiento proporcionalmente inverso.

La «escalada», brillante y trágica teoría que estudia la guerra desde el intercambio de palabras hostiles entre potencias rivales hasta lo que llama el «holocausto final» de la guerra atómica, se aplicó, quizá como ensayo a la guerra del Vietnam y ha resultado una catástrofe. La inyección lenta de soldados y armas a lo largo de los años —en 1959 los americanos tenían grupos de «consejeros técnicos» en Vietnam; en 1961, Kennedy aumentó los «consejeros técnicos» a 15.000; en 1964 había ya 21.500; en 1965, Johnson amplió el cuerpo expedicionario a 125.000 y luego a 200.000; en 1966 había 400.000; 534.000 en 1968, y 542.000 en la actualidad— ha sido como una especie de vacuna que ha ido produciendo el aumento de la resistencia de los guerrilleros, que al principio eran un puñado de hombres mal armados y hoy forman un gobierno provisional revolucionario. Sin necesidad de calcular el pasado, se puede suponer muy bien que si la intervención de Estados Unidos no hubiese tenido en cuenta las reglas de la escalada y hubiese sido brutal y directa desde el primer momento, el resultado militar hubiera sido distinto.

El mismo error de lentitud de la escalada puede ser, ahora, el de la desescalada. No parece que se pueda hacer una guerra a plazos. Tampoco se puede hacer así una paz. Este anuncio de la retirada lenta no puede hacer otra cosa más que ayudar a la podredumbre moral de Saigón. La idea de que la retirada de tropas de los Estados Unidos se hace a medida que el ejército de Vietnam del Sur se fortalece y autonomiza, se hace capaz por sí solo de conducir la guerra, es puramente literaria, no tiene ningún contacto con la realidad y, lo que es aún peor, todo el mundo sabe que no es cierta. Hace un par de semanas, la revista «Newsweek» revelaba que se está produciendo ya una auténtica huida del país de las personas más conocidas por su actuación contraria al Vietcong. De las cuatrocientas personas que salen semanalmente del país por vía legal, doscientas no vuelven jamás; los visados de salida se pagan —a funcionarios corrompidos— a precios astronómicos, la documentación de «parentesco francés» que permita la salida libre hacia Francia de los vietnamitas se está vendiendo en el mercado negro a 2.800 dólares, y los contrabandistas de personas sacan gente del país a precios que oscilan entre 1.100 dólares, si es por barco —vía más peligrosa—, y 5.570 si es por la frontera de

Camboya. «Podríamos enviar agentes de seguridad para hacer volver a algunos que han huido —se dice que ha dicho un funcionario—, pero nos exponemos a que los agentes de seguridad, una vez en el extranjero, no regresen tampoco». Fam Xuan Thai, que fue ministro de Información, fue enviado en misión a París para asistir a la conferencia de paz; cuando su misión terminó, desapareció en lugar de regresar a Saigón. Los últimos informes dicen que se le ha visto trabajando de camarero. La esposa del Presidente Van Thieu ha dejado sus hijos en Roma y se ha comprado una casa en Suiza, donde están ya los hijos del general Cao Van Vien, jefe del Estado Mayor. En esta crisis comienzan a aparecer con más claridad y con más fuerza los grupos de la oposición llamada «liberal», que acusan al gobierno de prorrogar la guerra que consideran perdida con el único objeto de redondear sus fortunas y preparar su vida en el



## POMPIDOLISMO

### El gobierno Chaban-Delmas

exilio, en lugar de iniciar ya las posibilidades de un gobierno de coalición o, más bien, de reconciliación. Con esta intención se ha creado el Comité Progresista Nacionalista; el Presidente Thieu —con sus hijos en Roma y su casa en Sulza— les persigue, ha encarcelado ya a algunos de ellos y anuncia lo que va a hacer con los que continúen por ese camino: «De ahora en adelante, aquellos que lancen rumores de que va a haber un gobierno de coalición en este país, sean quienes sean, pertenezcan al ejecutivo o a la legislatura, serán severamente castigados, acusados de colusión con el enemigo y desmorralización del ejército y del pueblo. Los castigaré en nombre del pueblo y de la constitución».

Estas palabras podrían ir dirigidas a los americanos, que son los que proponen y sostienen el gobierno de coalición como salida posible. En el comunicado de la isla de Midway, donde Nixon se entrevistó con Thieu, hay un párrafo de difícil redacción donde se dice que los dos Presidentes rechazan cualquier intento de «imponer» cualquier forma particular de gobierno «como la de coalición», «sin considerar antes la voluntad del pueblo de Vietnam del Sur, y declaran por su parte que respetarán cualquier decisión del pueblo de Vietnam del Sur que se pronuncie por medio de elecciones libres». Este párrafo rechaza y acepta al mismo tiempo el gobierno de coalición, que hace depender únicamente de la «voluntad del pueblo».

Es difícil pensar que en esa situación de caos y derrotismo se pueda ir realizando la lenta desescalada dictada por los cerebros electrónicos de Herman Kahn, en la lejana orilla del río Hudson, durante un par de años más. Es una operación absurda. Si el contingente militar actual no ha conseguido contener al Frente Nacional de Liberación, la retirada progresiva dará más fuerza al enemigo y destruirá la última moral de Saigón, sin haber conseguido resultados prácticos. Lo que podía ser una paz negociada se va a convertir en una derrota; en una derrota probablemente innecesaria. ¿Por qué no se ha llegado en las actuales condiciones a una paz negociada? Se atribuye la imposibilidad a la presión directa de Saigón. Pero hay bastante más. Hay dificultades propias en los Estados Unidos. Averell Harriman, que ha conducido las negociaciones de paz en París durante la presidencia de Johnson, no tiene ahora inconveniente en explicar dónde ha estado lo que él llama «la frustración de la paz». En París explicaba a sus interlocutores norvietnamitas que sus ataques militares, sus ofensivas, dificultaban la negociación. Pero «cada vez que Hanoi detenía la violencia durante el pasado año, nuestros generales exclamaban: "Ya les hemos liquidado"...». «No culpo a nuestros generales —dice prudentemente Harriman—; eso forma parte de su trabajo». Pero la realidad ha estado en este balance de las operaciones: una contención voluntaria de las ofensivas guerrilleras parecía en el Pentágono el principio de una victoria militar y suponía, por lo tanto, la paralización de las conversaciones de paz. Una ofensiva guerrillera, por su parte, creaba «una mala atmósfera» y paralizaba igualmente las conversaciones de paz bajo la idea clásica de que «no se negocia bajo la violencia»... De esta forma, las negociaciones duran ya desde hace más un año, y en ese tiempo las guerrillas han fortalecido sus posiciones militares, políticas —en el interior del país— y diplomáticas. Nixon ha tendido que anunciar su plan de desescalada, de retirada, de una forma unilateral, sin exhibir ninguna contrapartida ofrecida por el gobierno provisional revolucionario ni por Hanoi.



CHABAN-DELMAS

Cuando Jacques Chaban-Delmas entró de lleno en la vida, estaban de moda ciertos personajes llamados «de acción», que mezclaban deporte, política y aventura —la forma de la aventura podría llamarse guerra, a veces— y que podían ampararse en un lema que hizo famoso Mussolini: «Vivere pericolosamente». Era un lema fascista. Jacques Chaban-Delmas estaba situado, por la vida, frente a ese fascismo o, más exactamente, frente al nazismo alemán que ocupaba Francia; como militar en un batallón alpino y, luego, fulgurantemente, en la resistencia, en la que llegó a general. Sobre este título del general más joven de Francia acumuló otros que parecen heterogéneos, pero que, sumados, componen la unidad del personaje: el hombre que mejor lleva el frac en Francia, el presidente más joven de la Asamblea Nacional, un «rugbyman» impetuoso, un tenista frío y eficaz y un político tan profesional que podía ser ministro con Mendès-France, con Guy Mollet o con Felix Gaillard, que podía saltar de la cartera de Asuntos Exteriores a la de Obras Públicas, de ésta a la de Defensa Nacional. Su gran aventura vital le lleva ahora a ser primer ministro, el primer ministro del «pompidolismo», que debe durar en Francia siete años, que le desgastará y que irá desgastando a otros. Al formar su gobierno, según las normas del Presidente de la República, ha eliminado a otro gran aventurero de muchas aventuras, a André Malraux; se le ha ido de las manos otro profesional de la política como Edgar Faure —lo cual significa que la reforma universitaria abierta va a ser revisada, al mismo tiempo que el mantenimiento de Marcellin como ministro del

Interior pueda suponer una política de fuerza— y no ha conseguido sumar la vieja astucia económica de Antoine Pinay, a quien se ofrecía algo así como un puesto de vicepresidente, encargado de todos los Ministerios económicos. El gobierno se titula abierto; sin embargo, predominan los hombres fuertes del golismo y, en general, los nombres de la derecha firme. Un experimento llama la atención: desaparece el Ministerio de Información. Se ha combatido mucho en Francia la acción de ese Ministerio sobre la radio y la televisión, o sea, la utilización de esos poderosos medios de propaganda en favor de la política gubernamental y no de la generalidad de los sectores de opinión. La desaparición del Ministerio modifica formalmente la situación, pero no se sabe cuál pueda ser la modificación de fondo. Radio y televisión van a depender ahora directamente del primer ministro, que se propone hacer una reforma del estatuto. Se ha empleado la palabra «tutela» para describir esta nueva dependencia de la ORTF, y se sabe ya que cuando la tutela termine, cuando Chaban-Delmas haya realizado sus reformas en el organismo, éste pasará a depender del Ministerio de Asuntos Culturales, que fue el que ejerció Malraux, el que se ha ofrecido sin éxito a Edgar Faure y el que va a ocupar ahora Edmond Michelet. Por otra parte, las «relaciones públicas» del gobierno, que ejercía el ministro de Información, lo serán ahora por un portavoz oficial del primer ministro, que será Leo Hamon. La sensación general es la de que se acentúa el centralismo: bajo un Presidente de la República fuerte, un primer ministro fuerte también.